

WILLIAM THACKER

# LINGUA FRANCA

Traducción de Teresa Arijón  
y Bárbara Belloc



## 1. Ideas innovadoras

*En breve* es una excelente expresión. Significa lo que uno quiere que signifique. *Un miembro de nuestro equipo se comunicará con ustedes en breve.* ¿Cuándo exactamente? En breve. *Inminente* es demasiado. Un anuncio inminente. Muerte inminente. Quizá si su muerte fuera a ocurrir *en breve*, a usted no le preocuparía tanto. Me gusta *en breve*. Hay tres palabras que no tendrían que formar parte de nuestra lengua. La primera es *húmedo*. Suena mal en cualquier contexto. La segunda es *flema*. Porque sí. Y la tercera, la peor de todas, es *flácido*. *Flácido* tendría que desaparecer. *Flácido* tendría que borrarse.

—¿Alguien me escucha? ¿Hola?

Al mismo tiempo, algunas palabras deberían usarse más. Como *deberían*. *Despistar* está muy bien. *Barullo* es genial. *Refinado*. *Caléndula*. *Cascarrabias*. ¿*Abúlico*? Demasiado. *Embrolo* es una palabra rara. ¿Los metí en un embrollo? Creo que sí.

—¿Hola? ¡Soy Miles Platting! ¿Hay alguien ahí?

Todavía puedo recordar las cosas importantes. Sé que me esforcé por agitar los brazos —una señal de pedido de socorro— antes de recibir el golpe. Estaba parado ahí, un hombre solo en una isla, bajo un diluvio. Ocurrió sin que me diera cuenta; cuando abrí los ojos no sabía qué era agua y qué era sangre. Teníamos una fortaleza, una ciudad dentro de la ciudad, y entonces pasó lo que pasó. El mar nos castigó por haberla construido con madera barata. Todo alrededor de mí hay restos de la unidad de base: teteras rotas y patas de muebles, hierro corrugado y madera astillada. Estoy rodeado de objetos que no tienen lugar en el mundo subterráneo: un enano de jardín, conejos de porcelana. Hay una

pava a la que le falta el pico. Parece una venta de garaje, pero de cosas inservibles. Las palabras me vienen a la cabeza sin motivo. Palabras como *embrollo*. La mayor parte del tiempo no pienso en nada. Pienso en Kendal, y después tengo que pensar en otra cosa.

El plan de escape depende del clima. Si la lluvia afloja las rocas, me escaparé escalando. El rango de amplitud de mis movimientos se limita a mirar hacia la izquierda o hacia la derecha. Estoy en el intervalo de un programa de televisión en vivo. Para entretenerme me puse a contar ciempiés. Un ciempiés... Dos ciempiés... Tendría que pensar un nombre para la babosa que se arrastra cerca de mi hombro. Bertie, quizá. Bertie la babosa. *Babosa* no es un buen nombre para una criatura viviente. Tendría que ser algo más onomatopéyico: *babista*.

Tengo la sensación de que alguien anda arriba, buscando el camino entre las rocas. El único indicio que tengo de su presencia es la linterna, que ilumina lo mejor que puede latas y perchas. Ilumina todas las cosas excepto a mí. Puedo ver cómo se mueve sobre las rocas: entra y sale de cada grieta, salvo esta, que me tiene atrapado. Insulto al que tiene la linterna en la mano y quisiera que se la dé a otro.

—¡Estoy acá abajo! ¡Soy Miles Platting!

La luz deja de alumbrar. Lo único que me sale es un soplido malhumorado, la lenta presión de un acordeón que estira mis cuatro extremidades. Mi cuerpo cambió ligeramente de posición y ahora estoy de cara al moho resbaloso de una piedra, algo de lo que me llevaría horas escapar. Al nivel de la tierra se van a reagrupar en lo que haya quedado en pie de la unidad de base. Si Nigel anda por ahí, les reprochará que no tengan mejores protocolos de organización. Hablarán de las dificultades logísticas de remover los escombros. Analizarán casos históricos que sugieran que ya estoy muerto. Incluso podrían colocar una lápida sobre mi cuerpo. Deberían continuar buscando hasta que me quedara sin aire, o mi estómago terminara de autofagocitarse. Podría

haberme convertido en primicia, en una noticia de esas que hacen que todo el mundo se pregunte adónde fui y dónde me van a encontrar. Seré un héroe por mi mera existencia. Quizás a nadie le importe. ¿Y si a nadie le importa? ¿Y si no hay cámaras? Sería una lástima que nadie organizara una vigilia nocturna o una campaña “Recemos por Miles”. En caso de que muera, hay ciertos procedimientos a seguir. Hay un comunicado, ya redactado, que expresa conmoción ante lo repentino de mi muerte. A la vez insta a la cautela, dado que la policía necesita tiempo para llevar a cabo la correspondiente investigación. Habrá una estrategia mediática destinada a aprovechar al máximo la buena voluntad de la nación. Lingua Franca cerrará sus puertas al día siguiente. Se pedirá un minuto de silencio. El comunicado concluirá diciendo que el asesinato no tiene lugar en una sociedad moderna, que en realidad es una sociedad antigua. Nada impedirá que Lingua Franca cumpla sus deberes. Nuestra determinación de continuar es inamovible. A su debido tiempo se decidirá quién será el sucesor de Miles Platting.

Algo pesado cae: un rollo de sogá. Después se oye el sonido de un taladro. Desde mi perspectiva, que se limita a una grieta en el techo, veo a un par de hombres con chalecos fluorescentes y linternas de cabeza.

—¡Hola! ¡Estoy acá abajo! ¡Soy Miles Platting!

Veo que uno se lleva un dedo a los labios, como si yo fuera a provocar una avalancha. El método de salvataje consiste en sacar una roca por vez. Uno de ellos corta el metal retorcido con un par de tenazas. El otro lleva puesto un arnés con cuerda elástica; desciende hasta que casi puedo tocarlo. Levanto los brazos como un bebé en su silla de comer, esperando que me libere.

—¡Gracias!

Me mira sin decir nada. ¡Qué profesional! Me aferro a él. Digo que fue una pesadilla, que estuve atrapado aquí Dios sabe cuánto tiempo, sin otra cosa que hacer que lamer el agua de

lluvia y hablar con las babosas. Me hice un corte en la pierna y probablemente tenga sangre chorreando por la pantorrilla. Creo que no me rompí nada. Me caí de la proa del barco y seguramente aterricé antes de que todo se derrumbara encima de mí; me sentí sepultado en vida, casi. Aparte de eso, quisiera saber si se resolvió el conflicto entre Israel y Palestina, y quién gana la Copa Ryder. El rescatista sonrío al escuchar mis preguntas, pero no responde. Tira de la cuerda y ascendemos juntos. Estoy dejando atrás el mundo subterráneo. Hasta nunca, metal retorcido. *Arrivederci*, rocas filosas. Te voy a extrañar, Bertie. Más arriba veo cascos de rescatistas y nubes grises, densas. Después, de pronto, me asomo a la penumbra. Parpadeo y tartamudeo, como si alguien hubiera encendido la luz y me hubiera despertado. Entorno los ojos, que es lo mejor que se puede hacer en estos casos. Hay personal de ambulancia y un grupo de personas a las que jamás había visto antes: cuando ven que estoy parado derecho, aplauden. Me sacan el arnés y me dejan suelto. No tengo mucha fuerza en las piernas: el bebé está aprendiendo a caminar. Me guían por un camino de guijarros. Alguien pone una toalla sobre mis hombros. Alrededor de mí hay ropa y basura desparramadas por todas partes. Veo platos rotos que probablemente salieron de la piletta de nuestra cocina. Reconozco el inodoro portátil en su nuevo contexto: flota en el mar. Veo láminas de metal rojas y amarillas todo a lo largo de la costa: los restos de los contenedores. La mesa de ping-pong está rota. La mayoría de las literas, inutilizadas. Esto es un desastre.

—¿Dónde están todos? ¿Están bien?

Nadie parece saberlo. O nadie quiere decirme nada. Me llevan caminando por la playa, acompañan mi renguera. Reconozco los restos de nuestra cocina: la heladera y el anafe, uno encima del otro. El mar sigue calmo. No se hace responsable. Sobre el muelle de madera alguien colocó una hilera de zapatos.

Reconozco una zapatilla Adidas roja que era de Darren, y los Oxford de cuero de Nigel. No veo nada de Kendal. Supongo que es una buena señal.

Me miro en el espejo retrovisor de la puerta de la ambulancia. Mi pelo está más desordenado que cuando me levanto de la cama, lo digo sin ironía. Mi instinto normal sería taparme la cara ante la presencia de las cámaras. Se supone que nosotros somos indestructibles. Somos Lingua Franca. ¡Contempla tus obras, Todopoderoso, y desespera! Ya no estoy seguro de que eso tenga importancia. Ni siquiera estoy seguro de nuestra existencia.

—¿Alguien puede decirme dónde están todos?

Abren la puerta de la ambulancia y me ayudan a subir. Me acuestan en el colchón delgado y duro de la camilla, que me hace acordar a cuando presencié una clase de medicina. Me alegro cuando escucho que se enciende el motor.

★ ★ ★ ★ ★

Me llevan a algún lado, pero no estoy lo suficientemente consciente como para entender qué pasa. Me ponen en una camilla y de pronto nos movemos a toda velocidad. Me revisan en un pequeño consultorio, y me dan de comer y me visten con la clásica bata azul de los pacientes. Sus sonrisas dejan traslucir que soy bienvenido, pero nadie dice nada. Es como si yo fuera un asesino al que acaban de atrapar. Parece que tengo derecho a recibir asistencia médica gratuita, pero también a que no me dirijan la palabra.

La médica tiene cabello canoso largo hasta el hombro y me recuerda a una ardilla gris. Tiene un peinado batido, como una permanente, y por un momento me pregunto si el traumatismo cerebral no me habrá transportado a los años ochenta. Saca una hoja de papel de la repisa que está en la pared y la coloca sobre la mesa. Busca una lapicera y se concentra en su caligrafía, como si



La doctora habla con una enfermera; estudio el movimiento de sus manos. Es evidente que confían en los ademanes y el lenguaje corporal. La doctora parece deletrear algo con los dedos. La enfermera asiente.

Me incorporo en la cama.

—¿Hola?

Las dos me hacen el gesto de que me calle. Corren la cortina para que no me vean desde la guardia. Estoy encerrado. Atrapado nuevamente. Tengo ganas de levantarme y salir corriendo. Miro el monitor que indica que mi corazón está latiendo más rápido. La doctora se desliza entre las cortinas y me pone una mano en la frente. Destapa un frasco y deja caer algunas pastillas en un vaso de agua. Después escribe lo que pareciera ser una o dos oraciones largas.

*Kendal está bien. Pero usted no puede recibir visitas hasta que no mejore.*

*Yo estoy bien.*

*Usted está enfermo, Miles.*

Esta vez lo digo en voz alta.

—Estoy bien.

La doctora sacude la cabeza. Soy un mal paciente.

—¿Qué clase de lugar es este? ¿Dónde están todos?

La doctora vuelve a decirme —por escrito— que estoy enfermo. Me dice que mi memoria no funciona bien y que debo escribir todo lo que pueda recordar.

*En cuanto mejore un poco, lo ayudaremos a encontrar a Kendal.*

Me ofrece la lapicera. Me mira, como esperando algo. Tengo la lapicera y aparentemente es lo único que necesito. Podría empezar desde el comienzo.

## 2. Eso de tener gatos

Concebí Lingua Franca en una conferencia sobre poscolonialismo en Wonga, la capital del condado de Worcestershire. La oradora invitada, Kendal, dio una conferencia titulada “Cambios de denominación geográfica desde Abisinia hasta Zaire”. Hizo una lista de ejemplos históricos de lugares que habían cambiado de nombre, ciudades desestalinizadas, y preguntó si San Petersburgo, con cualquier otro nombre, conservaría su dulce aroma. Stalingrado, Stalinabad, Stalinstadt, Stalinogorsk. Pekín, Constantinopla, Danzig. Escuché todo lo que decía Kendal, y decidí que la República Checa resultaría infinitamente más atractiva si todavía se llamara Bohemia. De esto surgió Lingua Franca.

—Buenas tardes, señor. Mi nombre es Eden y estoy llamando desde Lingua Franca. ¿Podría hablar con el responsable de la alcaldía? Oh, es acerca de los derechos de denominación de la ciudad. En Lingua Franca nos especializamos en aumentar los ingresos de una ciudad mediante... Está bien, no se preocupe, señor.

Presto atención para ver si algo se aparta del guion: somos Lingua Franca, especialistas en derechos de denominación, y queremos asociarnos con la ciudad para reducir la carga de la deuda pública. ¿Le parece que podría interesarle, señor? Los muchachos —y todos son muchachos— deben seguir el guion a rajatabla. Hasta cierto punto pueden desarrollar un estilo propio. Algunos usan auriculares, lo que les permite utilizar ambas manos en el teclado. A la mayoría de ellos les gusta estar de pie cuando hacen la llamada. Se dan cuenta cuándo los estoy escuchando; el tono de su voz se endurece. No van a decepcionarme.

La alarma de emergencia suena como un bip intermitente. Paraliza la actividad de la oficina: es imposible hacer un llamado de ventas con un sonido tan atronador de fondo. Cuando suena, la mayoría de los muchachos levanta la vista de sus pequeños escritorios atiborrados de notas, como diciendo *¿Y ahora qué hacemos? ¿Es una reprimenda? ¿Salimos a fumar y fingimos que hacemos cualquier otra cosa para ganarnos la vida?* Me miran, y miran a Nigel; después de todo, nosotros fundamos esta compañía, somos nosotros quienes les decimos qué hacer. Nigel aplaude y les dice que evacúen las instalaciones por la escalera.

Lo que me impresiona de Nigel es la tranquilidad con que cierra la habitación del pánico. A veces la compartimos con una financiera, pero sólo si llegan rápido. De lo contrario, cerramos la puerta. Nos gusta autosepultarnos. Hay una ventana pequeña que da una tenue impresión de libertad. El vidrio es lo suficientemente fuerte como para resistir un derrumbe. A decir verdad, sólo se puede romper si alguien está decidido a matarte. Tendrían que enviar un helicóptero a control remoto y disparar a mansalva desde el tren de aterrizaje.

Nigel habla con la gente de seguridad por teléfono; asiente, lo cual indica que efectivamente ocurre algo. Cuelga el auricular.

—Un tipo con un cuchillo.

La rutina es tan familiar que ya no me pone nervioso. Sobre todo, es aburrida. Los muchachos están parados en la playa de estacionamiento. Les gusta que suene la alarma porque les da oportunidad de fumar. No se dan cuenta de que los estoy vigilando: se empujan unos a otros y hacen como si pelearan. Me preocupa que respeten los límites cuando saben que los estoy observando y que se comporten como animales cuando piensan que no. Yo cumplo una función en sus vidas: autorizo el pago de sus sueldos, escribo sus referencias y manipulo su autoestima. Mi poder es condicional. Desde la ventana se ve cómo planificaron la parte moderna de Stella Artois. Las calles forman una grilla rectangular, un

*waffle* belga en forma de ciudad. Tiene algo premeditado. En un sector hay una autopista elevada y un canal contaminado. Si algo atrae la mirada, es obviamente el centro de compras. Todos los caminos parecen converger en el centro de compras, transformándolo en una catedral. Pero la ciudad creció de una manera fea. En el horizonte hay un pequeño barrio llamado Stella Artois Old Town. Aquí el trazado de las calles es menos sensato. Tiene algo de Inglaterra de libro de cuentos: una iglesia, varios pubs de madera y una cancha de bowling. Los residentes tienen afición por los grupos conservacionistas, las lagunas de patos y las leyes contra la integración racial. No me gusta Stella Artois Old Town.

Todos comienzan a recuperarse, poco a poco regresan al mundo como las personas que eran. Sólo tengo que mirar a Nigel para que ocurra algo: él es mi yo-yo, y lo desenrollo cuando quiero. Él es el que aplaude. Él es el que grita: “Vengan acá, muchachos”. Y todos los empleados se reúnen en círculo. Se inicia la *sesión de expresión*. Nigel señala a la gerenta de operaciones.

—¡Ey! ¿Cómo viene la semana?

Ella dice:

—Bien, gracias —sin humor ni sarcasmo implícito, sin el tácito reconocimiento de que en nuestro mundo ideal ninguno de nosotros estaría aquí parado hablando sobre los progresos diarios de una agencia de derechos de denominación—. Tuvimos un diálogo constructivo con Carlisle, que quiere red denominar uno de sus parques automotores. Tenemos un par de marcas de automóviles interesadas.

—Diles que nos comunicaremos con ellos *en breve*.

Todos asienten. Nadie quiere demostrar falta de interés.

—Nuestro destacado de la semana fue la salida del viernes por la noche, que fue superdivertida.

Nigel sonrío y le da las gracias a la gerenta de operaciones. Después se dirige al jefe de ventas.

—Ventas, ¿cuál es nuestro pronóstico para noviembre?

Nigel destapa la lapicera, listo para tomar nota.

—Calculamos que trece.

—¿Incluyendo Stevenage?

—Incluyendo Stevenage.

—¿Qué pasó con Motherwell?

—Motherwell se cayó.

—Es una lástima, porque Mothercare hubiera sido una buena opción.

—Habría sido perfecto.

—Gracias, ventas. ¿Quién me falta? Localización.

El gerente de localización se refiere al nuevo nombre de Skegness, que cambió hace seis meses. Ahora se llama Vue, por la productora de cine.

—Estamos en proceso de red denominar Skegness Pier, que se va a llamar Vue Pier, pero posiblemente, en vez de Vue, vamos a usar *view*, según lo que vote el grupo.

Hay un murmullo positivo entre la concurrencia.

—Creo que tiene clase —dice alguien.

—Gracias, localización.

Nigel señala al equipo de tecnología informática, y todos escuchamos algo que nadie entiende. Seguimos la rueda, que incluye el departamento de contabilidad, el sector de publicidad y la administración general. Cuando me llega el turno, mi único aporte es recordarles a todos que vacíen la heladera para que no dé mal olor. A todos les parece divertido. Soy el segmento humorístico del noticiero de las seis de la tarde.

—Gracias, Miles. ¡Con esto cerramos, amigos!

Vuelve a empezar el ruido: el sonido de los telemarketers que se impacientan, la fotocopidora escaneando, el empleado de mantenimiento que trata de silenciar el acondicionador de aire, la ausencia de música, el tono medido de las voces. Los muchachos vuelven a la carga, reconfiguran su cara de trabajo y

levantan el auricular. Todos conocen las reglas: son vendedores hambrientos y necesitan comer. A menudo olvido sus nombres.

★ ★ ★ ★ ★

—No te odio, Miles. Sólo estás a cargo del fenómeno cultural más asombroso de las últimas décadas. Has tomado como un deber personal matar la lengua inglesa y reemplazarla por una jerga corporativa totalmente hueca. Has tomado algo hermoso y lo has convertido en algo feo.

—¿Todavía quieres almorzar?

—Sólo si estás dispuesto a disculparte.

—¿Por qué?

—Por arruinar el mundo.

Kendal sostiene una lapicera entre los dedos para poner mayor énfasis en sus palabras. Pensé que la lapicera iba a partirse en dos. Kendal no entiende lo difícil que es mantener la competitividad de un negocio multimillonario. No le importan esas cosas, y no le importarían aunque le diera una conferencia de diez horas acerca de su relevancia. Nos gusta discutir sobre la necesidad de nuestra existencia y al mismo tiempo nos envidiamos en secreto.

—Congoja, destrucción, ruina y decadencia —dice ella—. Lo peor de todo es la muerte, y algún día nos va a tocar.

—No te quiero escuchar.

—¿Estás preparado para morir? —dice Kendal, pero no como lo diría un asesino. Entra en la cocina y enciende un cigarrillo en la hornalla. Mira por la ventana a prueba de balas de la cocina y dice—: No quiero que te maten. Aunque nos hayas arruinado la vida, me importas... un poco.

—No me va a pasar nada.

—Dios mío, ni siquiera puedes abrir una maldita ventana en este lugar.

—Tira hacia adentro.

Kendal abre la ventana, asoma la cabeza y sopla el humo. Mira el patio, y sin duda pondera su odio hacia el lugar. Es el desarrollo inmobiliario más caro en Stella Artois, y el que más énfasis ha puesto en la seguridad. Los departamentos tienen alambrados de púa en todas las paredes perimetrales. La grava del patio amplifica el sonido de los pasos. Hay cámaras de vigilancia ocultas en los faroles. Un portero de noche mira por televisión torneos de pool en una garita. Las concesiones a la belleza tienen forma de pastiche: hiedras en las paredes, inscripciones espurias en latín. El complejo anhela pertenecer a todos los períodos de la historia, excepto a este.

—Porque en ese sueño de muerte vendrán los sueños —dice Kendal.

Ptolomea me sigue a la cocina. Ptolomea tiene pelo grueso y gris. Uno puede deslizar los dedos entre su pelaje. No me gustaría tener un gato de pelo corto. No me gustaría sentirle la columna vertebral. Ptolomea me mira y percibo lo que está pensando. Maldito. No comió en todo el día.

—No te dieron de comer, ¿no? —me sorprende preguntando. Pongo un poco de carne gelatinosa en el plato. Ptolomea olfatea la comida. Si fuera humana sería una niña demandante, sin conciencia de sus privilegios, suspicaz y para nada dispuesta a probar cosas—. Vamos, nena. —Empieza a lamer la carne y todo queda perdonado—. Buena chica.

Kendal aplasta el cigarrillo en el alféizar de la ventana.

—¿Es parte de tu decadencia? Eso de tener gatos.

—Hace años que tengo gatos. Sólo que nunca prestaste atención.

—Es parte de tu decadencia.

El ruido de la pava hirviendo asusta a Ptolomea, que sale disparada al living. Kendal empieza a quejarse de la enseñanza y los estándares educativos en Stella Artois. Está cansada de

explicar la diferencia entre *tú* y *tu*. Con el correr de los años, Kendal ha vivido varias encarnaciones: la estudiante idealista, la casi mamá de nuestros casi hijos, y por último la desmoralizada Kendal de mediana edad... la que enseña Lengua. Solíamos bromear diciendo que Kendal era la que cumplía nuestra cuota de estricta moral, lo cual me daba permiso para hacer el mal. Pero se retiró del equipo. Ya no tengo ningún respaldo. Nadie hace el bien en mi nombre. Soy malo por dos.

—¿Te parece que tendríamos que vivir juntos? —dice.

—No.

—Podría no implicar ninguna clase de sentimientos, Miles. Puedo vivir de tu dinero y podemos tener sexo con quien queramos.

—Creo que así fue la primera vez.

Terminó como terminan la mayoría de estas cosas. Llegamos al punto en que ninguno de los dos quería lo mismo que el otro. Yo no quería tener hijos; Kendal no quería apoyar a un consultor de derechos de denominación responsable de la muerte de la lengua inglesa. En el fondo de su corazón, Kendal no quería volver a casa. La mente pragmática, que sopesa la importancia del pago de la hipoteca, podía pensar que yo merecía una segunda oportunidad. El corazón dice que no.

Sobre la mesa está el catálogo de marcas de Lingua Franca, un cuadernillo de cuarenta y ocho páginas que explica al detalle nuestra visión creativa. La primera página dice: *En el comienzo era el Verbo*. Kendal sonríe mientras pasa las páginas. Niega sacudiendo la cabeza al ver la imagen de una cascada yuxtapuesta con la palabra DineroSuperMercado.

—Miles, Miles, Miles. Alguna vez fuiste hermoso. —Acaricia mi viejo saco de *tweed*, que cuelga del respaldo de la silla. Mira la biblioteca en busca de pruebas de mi decadencia—. Oh, no. —Saca un ejemplar de *El almuerzo desnudo* y vuelve a negar con la cabeza—. Esto no es lo tuyo. Tú no eres fan de Burroughs.

—Tú no sabes qué leo.

—Eres un lector lento, eso es lo que eres. ¿Dónde están todos esos libros de marketing que enseñan a desplumar a la gente?

—Junto a los libros sobre exesposas amargadas.

—*Actuales* esposas. —Acaricia la llave del cajón del escritorio—. Salvo que tengas los papeles del divorcio escondidos aquí.

—Detecta otra cosa—. ¿Qué es esto?

—¡Basta de mirar mis libros!

—¿Desde cuándo lees a Audre Lorde?

—Desde siempre.

—Te conozco, Miles Platting. No eres feminista. ¿Estás tratando de impresionar a una chica? —Me siento desnudo—. No debería estar permitido que tengas ese libro. No puedes hacer toda esa mierda que haces, y encima darte el lujo de *tener* un Audre Lorde. Por supuesto que puedes poner a Lorde en tu biblioteca, pero eso no significa que ese libro sea tuyo. Miles Platting, destructor de mundos. Ahora dice que le gusta Audre Lorde.

—¿Por qué no te llevas algunos libros a tu casa? Sé que andas corta de fondos. Puedes llevártelos en una bolsa de plástico.

Kendal levanta el dedo medio. En estos encuentros nos gusta apostar fuerte. A ella no le importa hablar de su pobreza, pero no le gusta que se la recuerden. Vuelve a poner el libro de Audre Lorde en la biblioteca, en un lugar diferente de donde estaba. Sabe que me arruinó el orden alfabético.

—Ay, Miles, Miles, Miles.

—Kendal, Kendal.

—Mejor me voy.

Se mira en el espejo y finge no tener interés en su reflejo. Antes tenía el pelo largo, pero ahora tiene un corte taza que requiere un gran cuidado del flequillo. Es un corte de cabello que dice *vete al diablo*, Miles. El acto de partir requiere mi colaboración. El código de acceso es 1985. Originalmente era 1984, pero Kendal dijo que 1984 es el primer código que prueban

los ladrones, siempre y cuando sean letrados. Me mira. La única palabra que se me ocurre es pena.

—No te hagas matar.

—No lo haré.

Ptolomea observa todo desde el piano. Le gusta mirar a la gente desde grandes alturas.

—Mañana tengo que tomar examen a mis alumnos. Creo que son capaces de reprobar a propósito.

—Todo saldrá bien.

—Deséame suerte.

—Deséame suerte a mí también.

—¿Para qué?

—Para seguir vivo.

—No es un concurso.

La conversación sigue así, y lo cierto es que ninguno de los dos le desea suerte al otro.

—No quiero que nos despedamos de esta manera.

—¿Cómo tendríamos que despedirnos?

—Diciendo algo lindo.

Le digo que, si pudiera, compraría París y la redenominaría Kendal. Ella se da permiso para ruborizarse.